

□ Tiempo de lectura: 18 min.

La historia del Siervo de Dios Ignazio Stuchlý (1869–1953) permite observar, en un complejo contexto histórico, cómo la santidad salesiana puede tomar forma a través de un conjunto estable de virtudes vividas en lo cotidiano. Nacido en Moravia, en el Imperio austrohúngaro, formado en la fe en un ambiente campesino y marcado por la fragilidad física, Stuchlý madura lentamente su vocación, buscando con tenacidad la voluntad de Dios entre intentos, puertas cerradas y nuevos comienzos. El encuentro con el carisma de Don Bosco y con don Rúa orienta definitivamente su camino: pobreza concreta, obediencia, fortaleza, castidad, espíritu de sacrificio y paternidad educativa se convierten en rasgos constantes de su «hábito» virtuoso. Como formador e inspector, atravesará después guerras y persecuciones, permaneciendo como un punto de referencia para sus hermanos y para los jóvenes.

1. En búsqueda de la voluntad de Dios

El siervo de Dios nació en Bolesław, Moravia, el 14 de diciembre de 1869: era un súbdito de ese inmenso mosaico de lenguas, culturas y tradiciones que representaba entonces el Imperio austrohúngaro, resultado, en su forma completa, del *Ausgleich* de 1867 entre el Imperio de los Habsburgo y el Reino de Hungría.

Cuarto de diez hermanos, recibió una educación sencilla pero sólida en la fe católica, más fácil en Moravia que en Bohemia, entonces dominada por el protestantismo y donde cierto anticatolicismo se utilizaba instrumentalmente para contrarrestar la influencia de los Habsburgo, alineados en defensa del papado.

Siendo aún niño, Ignacio ayudaba a sus padres en las duras tareas del campo: poseían una granja de tamaño medio y poseían algunos caballos, lo que calificaba a los Stuchlý de bastante acomodados:

También poseían un par de caballos. Entonces no eran del todo pobres.

Era una vivienda campesina con todo lo que le pertenecía, como el establo,

la cuadra, los campos, etc. [...] [...] el siervo de Dios pertenecía a la media de la población local.

En aquella época, aquella región -situada en la frontera con Silesia, parte de la cual incorporaba- se caracterizaba por el predominio de la agricultura, una cierta pobreza de la población y una evidente orientación hacia la cultura alemana. Los inviernos eran duros. Para asistir a la Misa matutina, Ignacio tenía que caminar 8 kilómetros (4 de ida y 4 de vuelta). En esos paseos, Ignacio rezaba, absorto en meditación contemplativa. A veces conseguía recitar un solo «Padre Nuestro» durante toda la caminata: se detenía en amorosa contemplación sobre cada palabra, meditándola detenidamente y a menudo conmoviéndose. Al hacerlo, sin saberlo, pasaba ya de la oración vocal a la mental, reflexionaba sobre Aquel a quien se dirigía y aprendía a reconocerle como Padre.

Asistió a la escuela alemana, donde este idioma se añadió al dialecto moravo utilizado en la familia, pero no al bohemio: el siervo de Dios lo aprendería de adulto, sin llegar nunca a dominarlo a la perfección. La Olomouc morava formaba parte administrativamente de Silesia, que incluía territorios que los avatares de la historia del siglo XX verían pasar de Alemania a Polonia.

En la escuela, Ignacio nunca destacó por especiales dotes intelectuales: sin embargo, era recto, sincero y heroicamente perseverante. Aquí conoció a Jan Kolibaj, el profesor que más influiría en su crecimiento. Alma de artista, violinista apasionado y, sobre todo, amante de la Virgen María, Kolibaj enseñaba a sus alumnos canciones marianas y, cantándolas con ellos, se emocionaba a menudo hasta las lágrimas. Él, simple laico, despertaba también en sus alumnos la voluntad de escuchar la voz del Señor que llama: puso en práctica entre ellos una pastoral vocacional discreta pero eficaz. Como el Venerable Jan Tyranowski con Karol Wojtyła, así Jan Kolibaj entrenó el oído interior del muchacho Stuchlý para captar esa “voz del silencio sutil” en la que puede expresarse la llamada divina. Un día, Kolibaj incluso le pregunta, directamente, si le gustaría hacerse sacerdote. Ignacio, desconcertado, responde que no. Le espera una vida de agricultor, junto con sus hermanos. Cuando tuvo que renunciar a heredar la granja de su padre por motivos

de salud, y se prefirió a otro hermano, el siervo de Dios pensó inicialmente en hacerse sastre: una profesión que requería poca energía y parecía adecuada a su condición de debilidad crónica. Este proyecto, sin embargo, se desvaneció, por razones imposibles de reconstruir hoy en día. Permaneció entonces en la granja, “huésped” de una finca que nunca sería suya.

Sin embargo, su salud mejoró repentinamente cuando, a los 16 o 17 años, visitó a un «curandero» en Bohumín:

Durante su infancia y juventud había estado enfermo y esta enfermedad parecía incurable. Entonces, un curandero le aconsejó que no comiera cosas ácidas, que tomara leche y mucha grasa de pescado. Esto le hizo mucho bien y así pudo ayudar en el campo en la granja de su padre. Sólo más tarde decidió ir a estudiar.

Mientras este curandero le sanaba el cuerpo, también le escrutaba el alma, y cumplió una profecía sobre él: se curaría y llegaría a ser sacerdote. Lo atestigua su bisnieto, Jan Michael Stuchlý:

En un principio debía seguir siendo el heredero de la granja de su padre, pero luego, debido a su mala salud y a que ninguna medicina le ayudaba, la herencia pasó a su hermano Josef, mi abuelo. Después de mucho buscar, Ignacio encontró por fin en Bohumín a un curandero popular que le predijo: “Sanarás” y “llegarás a ser sacerdote”. Tenía entonces unos 20 años.

Esta vez, sin embargo, Stuchlý respondió con un “¡sí!”. Su vocación sacerdotal, además, parecía ahora inalcanzable: había estudiado poco, no sabía una palabra de latín, ya había pasado la edad en que los jóvenes ingresan en el seminario, y su familia nunca podría mantenerle económicamente. El trabajo en la granja, mientras tanto, le exponía a ciertos peligros, como cuando cayó bajo el trineo, tirado entonces por los caballos salvajes, cuyos cascos golpeaban furiosamente cerca de

su cabeza: pensó que iba a morir, pero salió ileso y siguió amando a los caballos alegres, igual que él era alegre y le gustaban las personas optimistas, dispuestas y llenas de energía.

También le gustaba ir a bailar (aunque siempre volvía antes de medianoche para prepararse para la Eucaristía del día siguiente). Además, sabía disfrutar de las cosas buenas de la vida: una característica que conservaría en los años venideros, cuando, por ejemplo, recomendaba a una joven, a punto de entrar en religión, que se suscribiera sin falsos escrúpulos a una temporada de conciertos, para disfrutar -mientras pudiera- de la buena música. Bien integrado en el grupo de amigos, el siervo de Dios destacó por su ejemplar castidad: su actitud, como ejemplo para los demás, llegó a ser tranquilizadora para los padres que -en años en que la presencia simultánea de chicos y chicas era mucho menos libre que hoy- sin ningún temor permitían a sus hijas unirse a la alegre compañía, si sabían que Ignacio también formaba parte de ella.

Él, pues, joven entre los jóvenes, se asemeja ya a lo que el Señor le pediría más tarde que fuera por vocación: joven para los jóvenes, entre los que da testimonio de una temprana dotación de paternidad espiritual.

2. La gran elección: entre los Salesianos de Don Bosco

Entonces, un día, llegó el gran punto de inflexión. Está ocupado trabajando en el campo. De repente, oye un canto que se eleva desde el cementerio cercano: es un sacerdote que, al final del funeral, ha entonado la Salve Regina: otro canto mariano, como los que le había enseñado Jan Kolibaj. Aquel día, el siervo de Dios quedó profundamente conmovido, casi atónito, diría más tarde, por la belleza de ser sacerdote para poder entonar el himno a la Virgen: a partir de entonces, querría, con toda determinación, hacerse sacerdote para “poder entonar también ese himno”; ser sacerdote, por tanto, para cantarle a María. La Salve Regina había quedado tan grabada en él que seguía resonando en su interior. Las etapas del discernimiento de su vocación, y luego su propia vida -marcada por la fatiga y el sufrimiento- harían también del propio Ignacio casi un icono de la oración dirigida a la Reina del Cielo, Madre de misericordia que acude en ayuda de sus hijos en la prueba, en el destierro, en el valle de lágrimas.

Así, cuando poco después -quizá también observando su recuperado estado físico-

su padre se muestra dispuesto a darle un campo y le insta a encontrar una buena joven con la que formar una familia, Ignacio rechaza la propuesta: declara su vocación a sus padres y ellos no se resisten. El siervo de Dios, al que antes se le había negado lo que podría haberle correspondido (la herencia de la finca), renuncia ahora libremente a lo que antes había deseado y ahora se le podía conceder. Su vocación no había sido, pues, una elección residual, casi una reorientación después de haber visto otros caminos como intransitables: sino una verdadera vocación, aceptada pronunciando algunos “no” y -evangélicamente- renunciando a todos sus bienes para adquirir la «perla preciosa».

Sin embargo, tiene veinte años y nadie está dispuesto a aceptarlo. Cuando el párroco se entera de su idea de hacerse sacerdote, se ríe: y le aconseja que lo olvide, que sea razonable y vuelva a la granja. En aquella época, el siervo de Dios era un tipo alto, de cara abierta, franco, con ojos azules brillantes y pelo rojo descarado. Le escucha el vicario parroquial, que le exhorta a no desanimarse y a tener fe. Entonces le habla del padre Ángel Lubojacký, prior dominico que meditaba “fundar una nueva Congregación a la manera de Don Bosco”, comprometida en la reconciliación con la Iglesia ortodoxa. Buscaba jóvenes aspirantes e Ignacio, poco conocedor de la dinámica eclesial, aceptó. Se puso en camino con un amigo: era el tiempo de la siega del trigo y ellos -como Simón y Andrés y Juan y Santiago al dejar las redes- dejaron las hoces de la cosecha para seguir a Jesús.

Inmediatamente le esperaban grandes dificultades: tuvo que luchar con la gramática checa y latina. El esfuerzo fue tal que pensó en abandonar. Sin embargo, no se rindió y, él mismo, a quien le gustaban los caballos rápidos, aprendió durante estos meses el difícil arte del “caballo de tiro” (icon el que Ignacio fue comparado por un amigo!): que avanzaba lentamente bajo carga, sin desanimarse. Por otra parte, el trabajo era muy pobre, obligado a trasladar los lugares con frecuencia: intentaba echar raíces, en medio de mil incertidumbres. El siervo de Dios comenzó así a entrenar dos virtudes que más tarde tipificarían su perfil espiritual: la fortaleza y la pobreza.

Mientras tanto, la orden dominicana empezó a mirar con creciente escepticismo al padre Ángel, un prior que quería ser fundador, pero procedió sin el apoyo de los suyos, ni verdadera sintonía con la Provincia dominicana. Sin embargo, Dios, que también sabe sacar el bien del mal, ayuda mientras tanto a Ignacio Stuchlý. De hecho, le hace conocer al P. Antonín Cyril Stojan, ya entonces un santo sacerdote

(más tarde Arzobispo de Olomouc, desde 1921; hoy venerable siervo de Dios). Le habló de Don Bosco, del que era un gran admirador (en Bohemia y Moravia aún no existían los salesianos, pero empezaban a traducirse libros sobre el santo de la juventud). Stojan asociaba a Stuchlý con las visitas a las familias: así pudo familiarizarse con los trabajos y las bellezas del ministerio pastoral, y convertirse en un conecedor de las almas.

Mientras seguía creyendo que su futuro estaría en esta nueva congregación de estilo dominico, comenzó a hacer prácticas pastorales y salesianas: ignoraba, sin embargo, que ésa era su verdadera vocación. Por sus virtudes, también fue considerado extraoficialmente “prefecto” de aquella pequeña comunidad de aspirantes: también éste fue un papel que él -futuro salesiano- desempeñaría en varias ocasiones durante gran parte de su vida.

Luego, de repente, las esperanzas del siervo de Dios parecen derrumbarse. Las dificultades financieras, el retraso en la concesión de ciertas autorizaciones de Viena y, sobre todo, la oposición del obispo, hacen fracasar súbitamente los planes del padre Ángel, que entretanto había abandonado a los dominicos. El padre Ángel sufre un revés psíquico: es encontrado vagando perdido por las calles y -ya alejado de su orden- aceptado en el clero diocesano. Los jóvenes se dispersan. El siervo de Dios, a la edad de 24/25 años, parece tener como única perspectiva volver a casa. Sin embargo, había aprendido latín y conocido a Don Bosco. No se da por vencido y emprende una penosa peregrinación en busca de su vocación. Son meses difíciles, en los que llama a muchas puertas, pero siempre es rechazado. Fracasa incluso el intento con los jesuitas, que en un primer momento parecían dispuestos a aceptarlo, aunque tal vez como hermano no presbítero, y con la condición de que se pusiera a disposición de las misiones.

El desencadenante de este discernimiento, particularmente doloroso, fue el encuentro con un sacerdote, tal vez su antiguo confesor. Éste le dice: “No irás entre los jesuitas, sino entre los salesianos. Vete a casa y espera”. Sólo tres días después, el siervo de Dios tenía en sus manos un telegrama de Don Rua -el primer sucesor de Don Bosco- convocándole en Turín. Así que Ignacio Stuchlý se apresuró a empaquetar sus pocas pertenencias y se puso en camino. Se despide de su familia como si no fuera a volver a verlos: en aquella época partir para Italia equivalía a ir como misionero a un país lejano. Ni siquiera conoce el idioma, pero lo deja todo, confía en todo y se pone en camino. Se une al grupo de los “Hijos de María”, como los llamaban los salesianos, las vocaciones adultas.

3. En la fuente del carisma salesiano

En Turín, el primer encuentro con el Rector Mayor tuvo lugar en latín: se entendieron de maravilla, superando el obstáculo que representaba el hecho de que uno no supiera moravo y el otro italiano. Don Rua era también un sacerdote con el don de leer los corazones, y sabía comprender a las personas a la luz del plan de Dios sobre ellas: de él, por tanto, vendrían los puntos de inflexión decisivos en la vida del salesiano Ignacio.

Las primeras etapas de la formación del Siervo de Dios fueron Turín-Valsalice e Ivrea. Valsalice, en particular, se convirtió para él en una escuela de formación entendida como escuela de santidad. Aquí floreció entonces la santidad de muchos, como don Luigi Variara (beato), el príncipe P. August Czartoryski (beato) y especialmente don Andrea Beltrami (venerable). Ignacio creció, pues, en este clima, fuertemente orientado a la oblación de la vida y al don generoso de sí mismo. El lema de don Andrea Beltrami (aquejado de tuberculosis, que le llevaría a la muerte en 1897) – “ni vivir ni morir, sino sufrir y padecer”- educa a Ignacio Stuchlý en la espiritualidad sacrificial y reparadora. Con ello aprende a aplicar íntegramente el lema “*da mihi animas, caetera tolle*” desde los primeros meses de formación salesiana: de hecho, es el *caetera tolle* lo que fundamenta con credibilidad el “*da mihi animas*”. Se benefició también de la cercanía casi cotidiana con los superiores mayores, y de compartir la vida con la primera generación de salesianos: los formados por Don Bosco, cuyos restos descansaban entonces en Valsalice, en un contexto de gran propuesta vocacional y de explícita exhortación a hacerse santos.

Trasladado a Ivrea, allí recibió formación misionera: de hecho, sus superiores contemplaron la posibilidad de hacerle marchar y entonces le pidieron -también para aprovechar su experiencia como agricultor- que se licenciara en Agronomía. Mientras tanto, se hizo asiduo de don Rua, que le pidió que le acompañara en el rezo del rosario por las tardes: y un día Ignazio Stuchlý le regaló a don Rua su propio alzacuello para sustituir el suyo, ya gastado. Cuando más tarde don Rua se entera de que Ignacio estaba destinado a las misiones, le ordena que retire su solicitud. “Tu misión está en el Norte”, sentencia. Ignacio lo cree, se presenta a don. Giulio Barberis, le cuenta el discurso y queda a disposición de la Congregación, sin saber cuál sería su obediencia posterior.

Don Rua le ayudó también en un momento de fatiga, cuando, al final de su

noviciado, le asaltó la duda de no poder perseverar en su vocación: el temor era tan grande que incluso sudaba durante la meditación.⁹ Se le pidió entonces que hiciera inmediatamente la profesión perpetua: confió y la tentación se desvaneció, devolviéndole su paz y alegría habituales, que ya no le abandonarían nunca más. Fue una prueba de humildad y obediencia, otras virtudes reconocidas como propias de Stuchlý en los años venideros.

Ya profeso perpetuo, el siervo de Dios podía emprender el camino del sacerdocio, con el estudio de la Teología. Mientras tanto, sus superiores le enviaron a Gorizia, entonces ciudad de los Habsburgo, donde los salesianos tenían a su cargo el internado de San Luis para la formación de las vocaciones eclesíásticas, en una diócesis carente de sacerdotes. Sobrecargado de compromisos, responsable del aspecto económico y -aunque al principio todavía no era sacerdote- excepcionalmente ya prefecto de la casa, el siervo de Dios en estos años (1897) se hace servidor de todos. Pero, desgraciadamente, no puede seguir el ritmo de los exámenes. Los superiores necesitan su ayuda y se olvidan de concederle tiempo para el estudio, condición indispensable para la ordenación. No pide nada y obedece con alegría. Vicedirector y responsable de la marcha moral de la obra salesiana en Gorizia, conferenciante, atento a los problemas prácticos y económicos de la casa, capaz de mediar con el mundo laico y los bienhechores...: una vez más, al final, Don Rua interviene providencialmente, exigiendo que se regularice su situación.

Ignacio Stuchlý fue ordenado diácono el 22 de septiembre de 1900, sacerdote el 3 de noviembre de 1901. Ni siquiera había hecho los ejercicios preparatorios. La ordenación, muy sencilla, tuvo lugar en la capilla privada del entonces arzobispo de Gorizia, el card. Giacomo Missia. Después, ninguna celebración: una jornada escolar como las demás, sólo un almuerzo un poco más rico. Luego permaneció en la casa salesiana, atento a sus deberes habituales, siempre sobrecargado y olvidadizo de sí mismo.

Estas responsabilidades en la casa salesiana, sin embargo, no le apartan del contacto con la gente, entre la que sabe suscitar una cooperación cualificada: ni, sobre todo, de la vida de la diócesis. De hecho, mientras el internado de San Luis se ocupaba de la formación de los futuros sacerdotes, el mismo cardenal Missia obtuvo del director salesiano de Gorizia, el padre Giovanni Scaparone, que el recién ordenado sacerdote Stuchlý le acompañara para la consagración de parroquias y comunidades religiosas al Sagrado Corazón. Esta devoción al Sagrado Corazón, muy sentida también por los salesianos de la época, ayudó al siervo de Dios a formarse

cada vez más como verdadero sacerdote de Cristo. Además, trabajar con el Arzobispo le da la oportunidad de conocer la realidad de la diócesis, en “contacto directo” con su concreción, sus esperanzas y sus problemas. Se forma así, una vez más, como hombre de escucha y de diálogo, verdadero pastor de almas. Recién confesado, ve cómo muchas personas acuden a él. Su cabello, ya blanco, contribuye a difundir la fama de ser un confesor experto y sabio. Pero realmente lo es: y lo seguiría siendo hasta el final de su vida.

4. En el frente de la misión

Después de los 13 años en Gorizia, que siempre recordaría como el período más hermoso de su juventud salesiana, llegó una nueva obediencia: el padre Stuchlý fue enviado a Liubliana, en Eslovenia. Aquí, la obra salesiana -que había surgido hacía pocos años en el barrio de Rakovnik (un suburbio de la capital, lindando con la colina de Golovec, cerca de las colinas y bosques por los que se accede a pie a Zagreb)- se encontraba en grave crisis económica, casi al borde de la quiebra. La construcción de la iglesia -que se dedicaría a María Auxiliadora- llevaba años paralizada, y la obra, aún abierta, la exponía a los elementos y al desgaste. Lo que se necesitaba era un hombre práctico y con pulso, capaz -en aquellos tiempos de frecuentes huelgas en la construcción, crisis empresariales y tifus- de motivar a la gente.

Don Pietro Tirone (que había conocido al siervo de Dios durante su formación en Ivrea, causándole muy buena impresión) se acordaba de él. Llevaba poco tiempo de sacerdote, pero era un hombre de 41 años en plena madurez y experimentado en las cosas de la vida. Gracias a sus orígenes eslavos, tampoco le habría resultado demasiado difícil aprender esloveno.

Llegó en 1910 a una casa salesiana donde se proyectaban un oratorio, un internado y, más tarde, escuelas de formación profesional. El primer trabajo, asignado por el Estado a los Salesianos y casi impuesto a ellos, había consistido sin embargo en garantizar la terminación del primer ciclo escolar a muchachos problemáticos, procedentes del reformatorio o de la cárcel. Los Salesianos habían comenzado, por tanto, en Eslovenia, del mismo modo que Don Bosco, enviados a las cárceles y entre los últimos, y capaces de hacer florecer entre ellos la esperanza aplicando el “Sistema Preventivo” contra el “sistema represivo”. Los Salesianos darán confianza, comprometiéndose en toda una obra de recuperación humana, espiritual y social

que se verá coronada por el éxito. Unos años más tarde, formarán clases mixtas, con algunos chicos problemáticos y otros de extracción más sana. Unos ayudarán a los otros, y el éxito del experimento contribuirá a la aceptación y estima de los salesianos en Eslovenia.

En Rakovnik, mientras tanto, el siervo de Dios debe ocuparse del desarrollo de la casa y del buen funcionamiento de las relaciones comunitarias. También pasaba mucho tiempo entre la gente, a la que corresponsabilizaba, atrayéndola al carisma de Don Bosco y tejiendo así una tupida red de caridad. El P. Stuchlý tenía que alimentar diariamente a 200 personas. Siempre escaseaba el dinero y él se encargaba de labores innumerables: se reservaba unos trozos de pan negro y salía a mendigar, exponiéndose a las humillaciones que a veces recibía. Pero también hubo quien le ayudó: como la joven que dio a los Salesianos toda su dote con estas palabras: “¡Esto es para la Virgen!”: en aquella época, dar la dote era en cierto modo regalar el propio futuro y la propia vida, porque hacía muy difícil casarse. El siervo de Dios, por tanto, recordaba y recordaba siempre a sus hermanos que, así como el dinero de los Salesianos pertenecía a los pobres, que eran los verdaderos señores, con los bienhechores había que ser agradecidos, haciendo un uso exacto y recto de lo que ponían a disposición. Era un hombre de sacrificio, del que irradiaba una absoluta confianza en la Divina Providencia.

Se trasladó por poco tiempo (1919-1921) a la casa de Verzej, donde empezó de nuevo con una sola olla para comer y lavarse, en extrema pobreza, y luego regresó a Liubliana. Aquí tuvo lugar finalmente, el 8 de septiembre de 1924, la solemne consagración del Santuario mariano dedicado a María Auxiliadora. También llegó para la ocasión el Card. Giovanni Cagliero, uno de los “muchachos” de Don Bosco. Por la tarde, pudo hablar largo y tendido con el siervo de Dios, que recordaría aquel momento durante el resto de su vida, agradecido y conmovido por la paternal familiaridad con la que Cagliero le había acogido.

Aquel septiembre, cuando el agotador trabajo que le había ocupado en la capital eslovena durante casi 15 años llegó a su fin, el siervo de Dios pudo quizás, al menos por un momento, hacer una pausa: los hermanos se dieron cuenta de repente de cuánto había envejecido bajo el peso de las preocupaciones y el cansancio. Su sonrisa, sin embargo, era siempre tan brillante como la de un niño; su voluntad, tan fuerte como siempre; su energía interior, que le ayudaba a soportar la fatiga física y mental, tan indomable como siempre. El mismo día de la consagración del santuario, le destinaron a un oratorio, no muy lejos: creyó por un momento que podría llevar una vida salesiana normal, pero éste no sería su

verdadero destino. De hecho, tuvo que regresar a Italia en 1925.

5. El «viejo» siempre joven

Aquí, en Perosa Argentina, Piamonte, se estaba construyendo una casa para la formación de las primeras vocaciones salesianas bohemias y moravas. Durante dos años, hasta 1927, actuó como vicedirector de una comunidad tan prometedora como problemática, y particularmente heterogénea: allí también llevó a cabo un discernimiento vocacional nada fácil, apartando discretamente a personas sin verdaderas motivaciones sobrenaturales y ayudando, en cambio, a jóvenes dispuestos a adaptarse a un contexto -italiano y no checo, religioso y ya no laico- tan distinto del que procedían. Se necesitaban calma, prudencia, justicia y mucha caridad: el siervo de Dios, hombre de escucha y de gobierno, las poseía. Los jóvenes esperaban un “salvador” joven, hábil en todo, fuerte: se encontraron ante un “viejecito” que hablaba un bohemio mal pronunciado: pero ésa fue sólo la primera impresión; cuando le conocieron, descubrieron sus virtudes y su radiante paternidad. El escepticismo inicial se convirtió entonces en confianza: el aspecto alegre, la mirada cariñosa y la sonrisa estable del siervo de Dios abrieron y conquistaron los corazones.

El P. Oldřich Med, más tarde primer biógrafo del siervo de Dios, precisa: “La decepción fue desapareciendo poco a poco y fue sustituida por la confianza [...]. Su alegría y confianza nos contagiaron. Esta persona que nunca se ofendía cuando se burlaban de él por su lengua checa, que se interesaba por cada uno de nosotros como un verdadero padre y [...] siempre estaba con nosotros, esto nos conquistó”. Infundió en aquellos jóvenes la esperanza de que su estancia en Perosa Argentina no fuera un tiempo perdido. En poco tiempo, el P. Stuchlý entró en sus corazones y cambió sus vidas: muchos lograron un excelente éxito salesiano. Luego, en 1927, los superiores decidieron comenzar con Frysták. A él le correspondía trasplantar la obra a su patria. Mientras tanto, se le asignaron responsabilidades cada vez mayores; y en 1935 se convirtió en inspector: primero de la Inspectoría checoslovaca, después, a partir de 1939, de la Inspectoría checa llamada de “San Juan Bosco” y ahora distinta de la Inspectoría eslovaca de “María Auxiliadora”. Los Salesianos también habían sido llamados a esas tierras para frenar la fuga de sacerdotes (unos 200) y fieles (cerca de medio millón) de la Iglesia católica hacia la

Iglesia ortodoxa, o hacia la Iglesia nacional recientemente fundada. Fue un periodo de gran expansión de la obra salesiana en la República Checa y Stuchlý, como inspector, siempre en contacto con los superiores de Turín, pudo formar a esta primera generación -muy joven e inexperta- de salesianos checos en la perfecta observancia de los votos religiosos y el carisma de Don Bosco.

Sin embargo, cuando cinco jóvenes religiosos pidieron primero concesiones contrarias al voto de pobreza, y uno de ellos ayudó después a difundir una infame calumnia sobre el italiano P. Giuseppe Coggiola, Stuchlý procedió con mano firme. Se dirigió a Turín y fue el entonces catequista general, P. Pietro Tirone, quien llevó a cabo una investigación, tan rápida como decisiva, que pronto condujo a la destitución del responsable y a la plena rehabilitación del P. Coggiola. Él, como confesor de la casa, no podía defenderse y su único defecto -ser italiano- consistía en representar, a los ojos de los religiosos rebeldes, un ejemplo de la "italianización" que percibían como restrictiva en la aplicación de las Constituciones y Reglamentos.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial -con la requisita de las casas y la dispersión de los hermanos- y luego la inminencia del totalitarismo comunista marcaron dolorosamente los últimos años de la vida del Siervo de Dios. Enfermo de apoplejía un mes antes de la "Noche bárbara" (abril de 1951), en la que todos los religiosos de Checoslovaquia fueron expulsados de sus casas e internados, vivió primero en una residencia de ancianos de Zlín y luego en un hospicio de Lukov. La profecía la había hecho él mismo, ante la incredulidad general, cuando -en el apogeo de la obra salesiana en su patria- dijo que en sus últimos años tendría suerte si alguna mujer le daba siquiera un poco de pan y leche fermentada, porque moriría solo y lejos de todos. Le cuidaban unas monjas, a su vez controladas por el régimen.

Sin embargo, su vida, incluso en esas difíciles circunstancias, floreció en paz, alegría y bien para los muchos que le conocieron. Falleció en paz la tarde del 17 de enero de 1953 y en su funeral, el 22 de enero, se le comparó con un nuevo San Juan María Vianney. Hoy se le recuerda como el "Don Bosco bohemio".⁴⁰